

ACTUALMENTE, el sistema monetario internacional con sus generalizados problemas de liquidez está afectando profundamente a los países industrializados, centros del sistema, a través de los desequilibrios de sus respectivas balanzas de pagos. Consecuencia lógica y a la vez factor determinante de los correspondientes déficits exteriores en el comercio, es el proceso inflacionista que atraviesan algunas de las principales naciones que se rigen por las llamadas economías de mercado. La línea marcada en occidente en el campo de las medidas económicas apunta hacia posiciones poco operativas en la práctica, y ello porque los problemas actuales no son precisamente resolubles a un simple nivel «tecnocrático». Hacen falta decisiones políticas que los «grandes» no se atreven a tomar.

El fracaso de las técnicas empleadas para luchar contra la inflación, está originando serias tensiones que repercuten en alzas del coste de la vida, con sus inevitables consecuencias negativas en el desarrollo equilibrado de la producción social.

Estados Unidos: ¿guerra y prosperidad?

Estados Unidos, después de seis años de marcha ascendente e ininterrumpida, con una tasa en el alza del coste de la vida superior al tres por ciento en los últimos años, se encuentra ante la necesidad de frenar su impetuoso ritmo de crecimiento económico. Las tensiones inflacionistas de la economía norteamericana son especialmente observables en la balanza de pagos, que aumenta su déficit, año tras año, a pesar de las promesas y de los pretendidos esfuerzos realizados por el gobierno para equilibrarla.

No hace mucho, en 1965, Johnson lanzó su famoso programa «voluntario» para reducir la expansión en la concesión de créditos y en las salidas de fondos al exterior. Cuando esto se hizo, se pensaba que ante todo eran las exportaciones de capital la causa fundamental del déficit de la balanza. Pero el mal era más profundo; al poco tiempo y siguiendo las consignas del Presidente, las autoridades monetarias norteamericanas iniciaron la aplicación de las medidas restrictivas con los clásicos instrumentos: aumento al 4,5 por 100 del tipo de descuento y elevación al 5,5 por 100 de los topes máximos para depósitos a plazo. A pesar de todo ello el déficit persistía, y la política de restricción a los movimientos de capital tuvo que ser reforzada a lo largo del año 1966. Ante dichos fracasos no es extraño que por doquier surjan las dudas de si el programa «voluntario» y las medidas monetarias son suficientes para restablecer el equilibrio, en un momento en el que, dentro de la política económica norteamericana, reina la confusión y se apunta la posibilidad de un aumento de la presión fiscal.

Por otra parte, la tensión inflacionista norteamericana permite predecir un nuevo aumento del déficit en su balanza de pagos como consecuencia del tirón de la demanda de bienes extranjeros. Es incuestionable que el desarrollo económico de los Estados Unidos no puede seguir, en estos momentos, el fuerte ritmo, sin verse sometido a presiones inflacionistas que pudieran desembocar en una inflación abierta.

Ante una situación como la descrita, y que no quiere abordarse de frente, Johnson, en la conferencia de prensa celebrada en la primera semana de septiembre, hizo la clásica llamada a los empresarios para que —por patriotismo— redujeran sus peticiones de crédito según sus verdaderas necesidades. Y pidió a los trabajadores que limitasen sus reivindicaciones salariales. Por su parte Samuelson, siguiendo la norma de «ante todo salvar el sistema establecido», aconseja un aumento de los impuestos para reducir el poder de compra de los consumidores, señalando que dichas medidas han de tomarse inmediatamente frente a peligros inflacionistas que podrían ser graves. Finalmente existen posiciones más dramáticas en determinados grupos de economistas norteamericanos, que piensan que la menor actividad económica resultante de las medidas que en el terreno financiero y presupuestario se han tomado, pueden producir una menor tasa de crecimiento económico, sin que esto implique una reducción en el alza de los precios.

Así pues, el gobierno estadounidense tiene planteado a muy corto plazo el «delicado» problema de amornar su tasa de crecimiento económico si no quiere enfrentarse con una fuerte subida de los precios. Esto resulta muy difícil en el momento actual, casi en las fechas en que tienen lugar las más importantes negociaciones de contratos colectivos en los sectores

CRISIS EN 1967

Por Pablo Cantó

claves que tipifican los salarios medios del país. Y por todo ello, cada día resulta más evidente que las operaciones bélicas en el Vietnam inciden con un fuerte efecto inflacionista en la economía interna norteamericana. La «escalada» militar de la guerra en el Vietnam implica una rápida e irracional aceleración del gasto. Según Scranton, gobernador de Pensilvania, los gastos militares norteamericanos, para 1967, dedicados a la guerra del Vietnam, podrían ser superiores a los del año actual en 10.000 millones de dólares. Este incremento elevadísimo, para el año fiscal 1966-1967, sobre los 53.300 millones de dólares del presupuesto general de defensa de los Estados Unidos, es a todas luces la causa fundamental de la inflación norteamericana. Como dato significativo conviene reflejar que la ayuda americana aprobada al exterior sólo alcanza la cifra de 3.000 millones de dólares, prohibiéndose cualquier clase de ayuda a los países que comercien con Vietnam del Norte y Cuba.

Inglatera: las "traiciones de Wilson"

Otro de los principales países del sistema financiero occidental, la Gran Bretaña, atraviesa una situación crítica bien conocida desde el año 1965. La crisis se planteó a la fecha del vencimiento de los créditos obtenidos por el Banco de Inglaterra, no estando seguros los grupos financieros internacionales de la postura del Gobierno laborista en cuanto a sostener con absoluta prioridad el objetivo de la estabilidad de la libra. Después de los «grandes sacrificios» del Banco de Inglaterra, la Reserva Federal de los Estados Unidos sostuvo decididamente la esterlina, apoyándose Inglaterra a su vez en el Fondo Monetario Internacional, contra el cual giró en marzo y julio del pasado año. A todo esto se sumaron las medidas restrictivas del Ministerio de Hacienda inglés imponiendo a la Banca «depósitos especiales» en el Banco de Inglaterra, fijando un techo a los créditos de la Banca al sector privado y haciendo nuevo giro sobre el Fondo Monetario Internacional. Y a todo esto, se mantienen las tensiones precios-salarios, con el peligro de que la política de rentas quiebre de pleno y obligue a adoptar nuevas medidas que tal vez originarían efectos regresivos.

Pero lo más importante es señalar desde dónde se dirige la política económica británica. El último apoyo concedido recientemente a la libra por los banqueros de Basilea, indica la necesidad que tienen los sistemas económicos de los países occidentales, de tomar en consideración la opinión de la Banca Internacional. En su reciente informe sobre la economía mundial, el Banco Internacional de Pagos de Basilea señala explícitamente su parecer en cuanto a lo inadecuado

de las medidas que se han venido poniendo en práctica, hasta el momento, en Inglaterra. «Persisten en la economía británica —se dice allí— presiones excesivas en la demanda de recursos, al mismo tiempo que se mantienen tasas de paro excesivamente bajas para que la política de rentas resulte efectiva». Esta amenaza dirigida directamente contra la política económica británica forzó, incluso, a que el Canciller Callaghan se viese en la necesidad de prometer, si la situación lo requiriera, la utilización del «regulador fiscal» para frenar el excesivo gasto. De hecho, todo hace prever la necesidad de utilización del regulador ante la recurrente crisis de la libra, lo cual no sería sino una medida más para deflectar la economía británica y salvar el «sistema».

Nada debe extrañarnos ya de lo que venga de Londres, cuando el gobierno inglés, que fue apoyado en las últimas elecciones por la clase trabajadora, es capaz de permitir que se diga que «incluso con una tasa moderada de crecimiento es necesaria una política de rentas "efectiva" que mantenga las alzas de salarios dentro de límites moderados y más aún la situación es tal que la única política de rentas adecuada sería una congelación total de los salarios». Más explícita aún aparece la política económica laborista en el último proyecto de ley sobre precios y salarios presentado a la Cámara de los Comunes. En él se prevé que en el caso de reivindicaciones salariales, habrá de necesitarse una demora de cuatro meses para que la Comisión de rentas dictamine sobre la conveniencia del aumento. Es sintomático que, por el contrario, en lo que se refiere a la solicitud de aumento de dividendos, el mismo proyecto sólo exige la comunicación con siete días de antelación.

mercado común: el final del milagro

La República Federal Alemana se enfrenta, igualmente, con el peligro de que las medidas restrictivas en los créditos frenen la inversión, al mismo tiempo que sigan las alzas de precios y salarios. Si la contracción de los créditos llegase a ser realmente efectiva, se vería amenazado gravemente el crecimiento económico alemán, originando el primer estancamiento económico verdaderamente serio después de la última guerra mundial. Es de esperar que dicho fenómeno pueda dar lugar, dentro de la CEE, a una situación de incertidumbre en la coyuntura intercomunitaria.

En cuanto a Francia, en cuya recuperación uno de los más importantes factores ha sido la expansión

de la demanda exterior, puede verse afectada por el freno de la actividad económica en Alemania, al encontrarse ante un mercado comunitario menos capaz y, al mismo tiempo, ante una recedida competencia de la producción alemana en el propio mercado francés. Así pues, el comercio exterior francés tiene ante sí un porvenir poco claro a corto plazo, sobre todo si consideramos que uno de los problemas más importantes con que tendrá que enfrentarse la economía francesa es conseguir su equilibrio monetario.

En Italia, la política de programación económica no ha tenido prácticamente influencia en la consecución del equilibrio de la economía. En su informe anual, el gobernador del Banco de Italia acaba de anunciar que la productividad por hombre ocupado ha aumentado en 5,4 por 100, mientras que la ocupación ha disminuido en un 2 por 100. En esta situación, nos dice, es comprensible que la tendencia de los salarios al alza haya sido contenida. Por otra parte, el coste unitario del trabajo, como resultado del paso al presupuesto del Estado en las cargas sociales, ha disminuido, lo cual ha ayudado a la liquidez de las empresas, al ampliar el margen de beneficios. Tal vez, aquí esté el motor de la recuperación cada vez más firme. Estas manifestaciones son un fiel reflejo de los nuevos instrumentos que utiliza el capitalismo monopolista de Estado. Con todo, la baja tasa de la inversión sigue siendo el problema con el que tendrá que enfrentarse la economía italiana, si desea conseguir un ritmo de crecimiento económico como el alcanzado en la década de los 1950. En este sentido el freno impuesto a la industria de la construcción es de gran importancia para la recuperación de la inversión privada; al no poder seguir especulando, la inversión lucrativa se retrae.

la diagnosis

Las diagnosis económicas de influencia anglosajona señalan que las presiones alcistas, en la generalidad de los países estudiados, provienen del ritmo de crecimiento del gasto público que, al incidir sobre una situación de pleno empleo, da lugar a presiones salariales, creando aumentos en la demanda global superiores al crecimiento real de la producción. Profundizando más en las verdaderas causas de las tensiones, y analizando los fenómenos concretos, observamos que el ritmo de crecimiento del gasto público, por supuesto anárquico, no es sino consecuencia lógica de la fal-

ta de una verdadera planificación democrática en una estructura que permita una coherencia en los gastos. En lo que se refiere a los problemas que origina una situación de pleno empleo, los tecnócratas de la economía que luchan por el mantenimiento de sistemas irracionales, manifiestan que no puede «soportarse» el pleno empleo, siendo necesario un cierto volumen de paro que sirva de «colchón» al sistema. Las presiones salariales no son sino la lógica consecuencia de alza en el coste de la vida derivada de la inflación.

En definitiva, los aumentos de demanda global superiores al crecimiento real de la producción no son sino debidos a la falta de selectividad en las inversiones. Es decir, al dirigirse la inversión privada a los sectores especulativos, quedan los demás sectores rezagados, por no haber sido previamente capitalizados para proporcionar la oferta adecuada. Al sufrir el tirón de la demanda, los precios suben y por razones obvias se origina el proceso inflacionista: diferencias en los niveles de productividad y déficit en la balanza de pagos por razones importadas o no.

Como hemos podido apreciar, con reiteración, la marcha del desarrollo en los países de economía de mercado se produce a saltos: estabilización con la correspondiente acumulación de capital en la empresa privada, quiebra de las empresas marginales, paro, concentración de grupos de poder económico, etc.; desarrollo con grandes beneficios en las empresas privadas, fuertes inversiones especulativas, inflación, aumento del coste de vida, etc.; estabilización de nuevo y así sucesivamente. En definitiva, el proceso analizado nos clarifica el aumento de poder, cada vez mayor, de los grupos monopolistas y el acercamiento al techo de las grandes tensiones contradictorias en el campo nacional e internacional.

¿problemas de liquidez o crisis estructural?

Desde luego, el sistema económico occidental está atravesando, en nuestros días, una faceta en la que la resolución de los problemas monetarios exige, en cierto modo, una paralización en su desarrollo, después de un período bastante largo de rápida expansión. Pero tal vez nos encontramos de hecho ante una próxima crisis estructural del capitalismo. El freno en el dinamismo del sistema, como consecuencia del alza general de los precios, puede debilitar la capacidad competitiva de ciertos países altamente desa-

rollados. El momento es delicado para Europa, ya que la competencia mundial es más dura y agresiva que nunca. El desmantelamiento de las protecciones aduaneras y la acentuada movilidad de los capitales entre países desarrollados, está dando como resultado la intensificación en la lucha de concurrencia entre monopolios a escala mundial, como ya apuntábamos.

Por otra parte, el desarrollo económico desigual entre los diversos países y grupos de países altamente industrializados, crea a muchos de éstos serios problemas de renovación tecnológica, incremento de la productividad y reducción en los costes. Todos ellos son factores fundamentales, que explican los más recientes cambios de la política económica en los países occidentales y la tendencia a un mayor grado de monopolio de la economía, con el consiguiente impulso autoritario en el plano político de las instituciones. Por una parte se tiende a limitar el aumento de los costes controlando la dinámica salarial —política de rentas—, y por otra se actúa para renovar las estructuras a través de un proceso de concentración apoyado en la economía concertada, dirigida a mejorar la infraestructura de la empresa privada con cargo al Estado, y a conseguir una mejora en la información recíproca que sirva para perfeccionar los programas de desarrollo indicativo, favoreciendo más a los grupos de poder económico.

La crisis monetaria está teniendo efectos estructurales muy claros. Uno de ellos es la elevación generalizada de los tipos de interés de los grandes mercados prestamistas, que afecta a las inversiones principalmente por el precio del dinero a largo plazo. Al mismo tiempo, el programa «voluntario» del Presidente Johnson, al que ya hemos hecho referencia, obliga a las empresas norteamericanas a buscar financiación exterior para sus proyectos fuera de los Estados Unidos, recurriendo así en cantidades muy fuertes a los mercados europeos que están hoy sometidos a una fuerte presión, con la consecuencia lógica de haber tenido que elevar los tipos de interés de títulos de renta fija. La carga de la inflación norteamericana, con su continuado déficit en la balanza de pagos, muy elevado estos últimos años, la han soportado de hecho todos los países que aceptan la servidumbre conocida con el nombre de sistema monetario internacional, del Fondo Monetario. Y en definitiva, los perjudicados están siendo los países europeos, originando un cúmulo de protestas indirectas y la de Francia de forma abierta.

Claro está que los efectos de esta situación no sólo han afectado directamente a los países industrializados, sino, y en mucha mayor medida, a los subdesarrollados, que han visto llegar menor flujo de capital por la vía privada y oficial. Las distancias entre países industrializados y países subdesarrollados aumentan con un ritmo alarmante. Las naciones ricas, con un 15 por 100 de la población mundial, disponen hoy de un 62 por 100 de la renta total, mientras que las naciones pobres, con menos de 100 dólares «per capita», que suponen un 54 por 100 de la población mundial, sólo poseen un 9 por 100 de la renta total. Refiriéndose a esta situación, el secretario de Estado francés para Asuntos Exteriores, Jean de Broglie ha declarado: «El creciente desfase entre la riqueza de los veinte países de la OCDE y el estancamiento de los países subdesarrollados, puede desencadenar una guerra de clases a escala internacional». La postura de los países subdesarrollados respecto a la Asamblea del Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial, puede sintetizarse en las palabras de Andrés V. Castillo, gobernador del Banco Central de Filipinas, que acusó al «Grupo de los Diez» de intentar dictar las normas de la reforma monetaria internacional a los demás países, sin la intervención de todas las naciones. Igualmente calificó de hipócrita la propuesta de colaboración del «Grupo de los Diez» con el Fondo Monetario Internacional, ya que todos conocen la presión que ejercen los «diez países» sobre el Fondo.

¿Pueden los Estados Unidos realizar una política deflacionista que soportarían en definitiva sus trabajadores? ¿Servirá para solucionar los problemas monetarios internacionales este tipo de política? ¿Reducirán los gastos militares, esto es, abandonarán la escalada en el Vietnam? ¿Hasta cuándo, en definitiva, va a seguir Europa en la órbita económica de EE. UU.? Las respuestas a estos interrogantes han de marcar el futuro económico norteamericano o la crisis parcial de la estructura del sistema monetario internacional, y de todo el sistema económico occidental en muy buena medida.

Almacenes de oro. He aquí una galería del Banco de Reserva Federal de los Estados Unidos, en Nueva York.

